

Lautaro Yankas

La carrera de Féizar

CUENTO

I

UN potrillo negro, Pitt, acababa de ganarse, en una forma que aun conmovía al gentío disperso por tribunas y jardines, la gran carrera del año.

La campana volvía a sonar; se anunciaba la penúltima prueba de la tarde. Un cielo yermo. Un sol diagonal se cernía en la brisa y ardía en el tráfago de la muchedumbre.

Sentadas en un banco de la terraza, dos preciosas mujeres, con los escotes generosos y una fisonomía de horizontales, charlaban con un jinete bajo, de blusa azul Prusia y calzón blanco, que formulaba pronósticos, de pie en el sendero apisonado. Una de ellas, la que más bromeaba, cortó sus voces frágiles de chilladiza pueril y exclamó con toda su alma:

—¡Usted dice que Ardelión debe ganar esta carrera! Bueno, Berta, ahora yo tengo el presentimiento. Ganará. Vamos. Gracias, Pedro.

—¡A dónde, mujer! — rió la otra bajando su pierna que cabalgaba sobre el muslo izquierdo.

El jinete las dejó irse y se sentó; en seguida sus ojos socarrones, ennegrecidos en la sombra que proyectaba el pico de su gorra amarilla, las alcanzaron un instante. En los grupos de hombres que se detenían por allí o paseaban por los senderos, el *jockey* notó ojeadas voraces que caían sin revuelo en la semidesnudez de aquellas mujeres.

Alguien golpeó su espalda con impaciencia. Vió ante él a dos hombres de aire distinguido, uno de los cuales lo miró con cierto imperio mientras interrogaba:

—¿Quién, al fin?...

El jinete dejó el banco con tranquilidad; su rostro rasurado y joven mostró cierta vaguedad expresiva, algo como una mala sonrisa.

—El favorito, pues... ¿Quién otro?

—¿Y Féizar?

—¿Féizar?...

El jinete miró al hombre, que pestañeaba en espera de una afirmación; luego se puso serio y respondió con la cara vuelta hacia las graderías:

—Puede ganar. Cualquiera puede ganar... Pero el jinete es malo, viejo. ¡Quién sabe!

Los dos hombres, con los gemelos ocultos en sus estuches, siguieron el camino de las muchachas. El *jockey* los observó largo rato con mirada tranquila y un sí es no es burlona. Luego recorrió las tribunas medio vacías. Iba a comenzar el paseo de los competidores montados, detrás de las graderías monumentales.

Los amigos apresuraban el paso.

—Nadie sabe nada. Puede ser un golpe—decía aquel impaciente, los párpados fruncidos, trazando en el aire cálido un mismo ademán breve. Ya te he dicho; el mismo Zenteno se ha llegado a mí durante el clásico para decirme que ganará. El caballo es viejo, el jinete también lo es; pero escucha sus palabras: «La carrera es mía; nunca he sentido como hoy, tal deseo de montar. Ya ve, esta tarde sólo corro a Féizar; es extraño; siempre monté dos o tres animales»... El viejo no parece vivir hoy su vida ordinaria... Jugemos algunos billetes a Féizar; pero antes es necesario que el animal y los ojos inmóviles, que parecen ébrios, de Juan Zenteno, te impresionen, te subyuguen.

Su compañero, delgado y rubio, dando sombra con su mano a sus ojos azules, reía sin violencia, y a las últimas palabras lanzó una franca carcajada. — La multitud se espesaba bajo la sabia arquitectura de las tribunas superpuestas-cemento y hierro; encumbramiento de un castillo de naipes, cemento-hierro. — La pátina envolvente, un fino vaho, del sol diagonal.

De los libretos-programas, blancos cuadernitos de papel blando, hojeados por unos dedos calmos y pálidos, — Un jinete de blusa escarlata y negra gorra picuda, apareció montando al primero de los competidores,— o torpes y apremiantes, bajo una mirada aguda caída en la lista de animales, o una ojeada tranquila y confiada, se revelaban vivos signos, tan vivos como un furtivo destello de sol entre la verdura inquieta de los árboles cercanos; o quién sabe si excesivamente secretos e inalcanzables, signos misteriosos e imprecisos, deslizándose en la borrosa armonía de un nombre... Se volvía a mirar

la lista, ora con absurda rapidez, ora con sesuda y buceante calma. Luego los párpados medio cruzaban las pestañas, y así, en vaga luz, se aguardaba el misterioso signo sensacional o subjetivo. — El paso de las bestias hacia la pista iba dando a muchos la impresión decisiva o única.

Féizar pasó en quinto lugar, como una lacra negruzqueante en la muelle y deslumbradora fila de sus rivales.

—Así, de verlo, no vale nada — murmuró el amigo impaciente, apartando disgustado los ojos del animal.

—No vale gran cosa—afirmó el otro.—Pero tu jinete me interesa. Creo, como tú, que no es el hombre de otras veces. Ahora parece olvidado de su bestia, del público, de todo. Será una gran carrera, ésta...

—Bah...

—¡Cómo no, hombre! Una carrera histórica. Es indudable que Ardelión no la gana; va desmejorado, no convence. Quedará perdido en el lote. Ese gran caballo no puede llegar al disco detrás de un Féizar. Una gran carrera, hombre. A lo mejor ruedan la mitad de los competidores y se matan...

La blusa gris perla del viejo *jockey* se ocultaba ya tras la calada arquitectura de la segunda sección de tribunas, camino de las pistas.

II

Juan Zenteno recordaba muy bien que hacía un mes había montado a Féizar en una carrera de fondo. El animal, encerrado entre cuatro rivales delanteros, no pudo romper aquel nudo veloz, y no figuró en la llegada. El

preparador, un francés que siempre llevaba dos tacos de rapé en sus narices, había culpado al jinete. Zenteno se estaba dejando llevar por las bestias como un aprendiz; ya no servía en la pista. El preparador había sostenido sus palabras con juramentos breves y saltantes, de su cosecha gálica.

Luego Zenteno dejó que esto se removiera en un rincón de sus recuerdos. Féizar tomaba ahora un trote ligero e inquieto sobre el césped de la pista. Los animales con sus jinetes de colores iluminados, se dispersaban. Féizar— su pupila es un perenne estallido de sol — tiende sus orejas agudas, parece enristrarlas hacia la brisa de primavera. La inquietud reaviva sus formas y su paso trotón sacude y levanta al jinete, que lo observa con dureza. La amplia elipse de verdura, rayada por las rectas y curvas blancas de las pistas, pasa un momento en la pupila de la bestia.

Féizar se aleja el último de la muchedumbre agitada bajo las anchas viseras cuadrangulares-cemento.

En sus manos que han pulsado la vida^s de animales sin cuenta, Juan Zenteno soporta una tensión febril, nota en la bestia un loco deseo de correr sin freno, una concreción de vida, palpitante, que galvaniza la vieja filás-tica de sus brazos, envueltos por las mangas gris perla de su disfraz. El hombre, con preocupación progresiva, se abisma como a un golpe de escondido resorte en sus buenos años, época inesfable en que su contextura sobria de jinete, con sus manos admirablemente dominadas y leales, hacía de la bestia un alado nudo. ¡Cuántas veces había triunfado! ¿Cuántas? Quiere hacer el recuento, pero lo retrae el deleite de su pasado. Es verdad, se hacía

leve, su materia gravitaba lo que un grumo; no era nada; la bestia era lo grande y maravilloso tendida en su vuelo bajo, con su lomo manchado de algún color que se hurtara al sol. Triunfos siempre. Las muchedumbres llegaban a idolatrarlo; vaciaban sus bolsillos en su favor y luego reían en las cuencas de la fatalidad.

¡Aquellos clásicos de año...! El viejo recuerda, ahora con vaga angustia que responde a la creciente inquietud de su bestia, las mejores carreras, para él grandiosas. Sonríe, contra el embate de esa angustia que pretende traerlo al presente. «Ah... yo monté a Pagana, la invicta, entre un lote de grandes caballos... Pagana, rezagada antes de la última curva, tomó en un instante el centro de la pista... Después Kant... Leonor, Unico, Prim... Ah!

Pero aquellas voces del francés muerden el recuerdo, rompen y dispersan entre tinieblas estos eslabones brillantes de sus glorias. Ya no vale gran cosa; mañana no podrá montar siquiera. Su vida, desde las remotas demencias triunfales, es no más que una línea que baja ondulando desde el sol, hasta rendirse al borde de la luz y el espacio.

Féizar escarcea, tasca el freno, curva o distiende el musculoso resorte de su cuello. La llama del sol cae en sus flancos, en sus pechos. roba ángulos — reflejos en los remos briosos, invade y baña en flúidos rojos sus córneas desnudas.

El viejo observa en torno, busca a su rivales y los distingue lejos, nerviosos ante las huinchas de partida.

III

El viejo jinete sonríe. «Yo gané la gran carrera...» Esto prende una llamarada en su alma tarda y mustia. Su caballo galopa bien al centro del bello grupo. Los ojos de Zenteno, con una percepción que ya no lo asombra, cogen la onda rubia del alazán al que Féizar echa su aliento. «Ah, es él» ... y lo olvida al instante para contener con prudencia a su bestia. «Espera», dice su espíritu firme. «Ahora, Féizar, eres mío; y en adelante, cada vez, me pertenecerás. Eres mío». Siente a sus espaldas una respiración febril; luego es un murmullo, nada. El galope se hace cada vez más rápido — ochocientos metros—; después de la primera curva, Féizar conserva todo su vigor. El viejo lo siente ahora dócil y temible.

Va desde el hocico que espuma, por aquellos cauces de las riendas pulimentadas y claras, una onda hacia la torpe vejez del jinete, una onda que busca su futuro, lo persigue en el fondo de su vida, y lo trae al presente, hecho una sostenida vibración, un valor cabal, un nudo —renuevo de juventud. Sus manos de cortos dedos, empuñando el freno, tienen una redondez caprichosa de viejos muñones, y los brazos al moverse con acelerado ritmo, trabajan como dos aceros de probada forja.

Los contendores rezagados.—El sol púrpura juega con las llamas fugaces de las chaquetas verdes, amarillas, ocre, escarlata, de las gorras como pintas, que hienden el aire,—se apretujan y alientan en las ancas negruzcas y los flancos de Féizar.

Zenteno muestra su boca torcida por la sonrisa. —

Bandas verdes, escapadas, tocan los ojazos de las bestias.—Han girado la última curva y ahora, en cada flanco izquierdo el sol acaricia la prisionera onda de colores montados. Los ojos del viejo, que parecen azuzados por las cejas, se hunden delante con maldad. La onda rubia del invicto va lejos y comienza a agitarse quizá como anuncio del nuevo triunfo .. Y Juan Zenteno frunce por fin su boca y su mirada se baña de dulzura.—La muchedumbre en las tres faldas-graderías comienza a roncar. Llega hasta animales y bestias la parábola breve de un aullido feliz. El viejo cede riendas; ah, otra vez es útil, lo es genialmente; su peso, disgregado en la luz, hace rauda, ensoñada y maravillante esta carrera. Féizar en un compás vertiginoso da alcance a aquella odiada onda enemiga; por su piel oscura se desliza el sol.—Bandas verdegay empapadas de sol desaparecen pisoteadas. — Un rugido que crece. Masas descompuestas, que aterrorizan, desde las tribunas, hierven en la visión embrionaria de las bestias.

Féizar alienta junto a las grupas rubias y, falto de aire, se dispara; siente entonces su plenitud de vida; pide con dulzura a aquellas manos que aún lo contienen, y las manos dan todo lo que Féizar pide.

Luego el animal no las siente, sobre su lomo cree distinguir un grumo blancuzco. Aquellas masas — secciones de hombres—lejos de unas figuras flotantes, de acuarela: mujeres— enronquecen bajo los toldos rígidamente. Los caballos, exhalados, pasan y el disco se aviva al sol. Féizar, que no ha sentido, como otras veces sufrió, la fusta hostil sobre su flanco, al salvar victorioso la línea final, experimenta un instantáneo desequilibrio; se

sorprende; algo, la mancha blancuzca lo abandona, cae, y las riendas, que hasta ese instante le impedían tenderse en una carrera sin fin, están flácidas, no le dicen nada, ¿por qué? Es que ha llegado su hora.

Entre gritos blasfemantes, desde las graderías llegan pausas que se abren para señalar el triunfo y la muerte.

Féizar, libre, arroja su furor en esta nueva carrera desenfrenada, las riendas colgantes que azotan sus pechos y sus remos, negros de sudor. El campo verde, velado por el sol de sangre, le parece propicio a su locura de libertad. Las pistas disparan sus rectas y trazan sus curvas profusas. Féizar salta, se distiende en la carrera con redoblada furia. Una especie de desesperación y de terror ha comenzado a golpear en él, como una fusta.

Y lejos, donde no se ven muchedumbres y no se oyen gritos, aquellos horribles alaridos — *la emoción humana* — que él no podrá entender, allá, junto a la maraña de zarzas secas bañadas también por el hervor púrpura del Poniente, el animal se detiene estremecido, chorreando sudor, los belfos inundados de espuma, la mirada vuelta un denso resplandor.

El *jockey* había tenido una muerte instantánea. Féizar pagaba un dividendo fabuloso.

LAUTARO YANKAS.